LEVIN, SAMUEL R.: *The Semantics of Metaphor*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1977, 158 págs.

Este libro del profesor Lvin, autor muy conocido por los estudiosos de poética lingüística española por su obra *Estructuras lingüísticas en la poesía*, se sitúa en un lugar muy concreto de los estudios de Poética o Semiótica Literaria: aquel que pretende servir, desde una metodología lingüística, al esclarecimiento de fenómenos de gran incidencia en lo literario, como es el caso de la *metáfora*. Es una monografía sobre la metáfora, analizada desde los objetivos y métodos propios de la semántica generativa. Su servicio es, por tanto, doble: por un lado significa una contribución más a la *teoría de la metáfora*, que ha conseguido un considerable desarrollo en los estudios de neorretórica; y por otro lado supone un punto de vista sobre un aspecto de la llamada *poética generativa*, que ha dedicado precisamente una atención muy particular al fenómeno de la metáfora. Esta atención la evidencia el que la revista *Langages* en su núm. 51, dedicado mongráficamente a la poética generativa, conceda a los estudios sobre la metáfora más de la mitad de su extensión. Posteriormente, y por seguir en esa misma revista, el núm. 54 de *Langages* está dedicado íntegramnte a la metáfora.

Es ésta, pues, una monografía sobre un aspecto de creciente importancia, que traduce, a su vez, los logros y las limitaciones de un punto de vista más general: el proyecto de dotar a la gramática generativa de una capacidad explicadora de lo literario. También es profusa ya en el terreno de los estudios literarios hispánicos, la atención a este aspecto. De reciente traducción al español tenemos la versión crítica de Aguiar e Silva *Competencia lingüística y competencia literaria* (*Sobre la posibilidad de una poética generativa*), ya reseñada en esta misma revista; y la revisión crítica de I. Bosque en el órgano difusor de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada.

El libro de Levin consta de seis capítulos de importancia desigual. Hay dos cuerpos centrales: por un lado los capítulos III y IV, que son una teoría de la producción e interpretación semántica de la metáfora (desde el cuadro teórico básico de la lingüística generativo-transformacional; concretamente, de la Semántica generativa). Por otro lado, los capítulos VI y VII, que entienden la metáfora no únicamente como un proceso lingüístico, sino en términos de fenómeno poético y de visión o perspectiva sobre la realidad. Por ello, desarrolla allí la tesis de que una teoría de la metáfora ha de plantearse el problema de la verdad y la relación poesía-realidad (sobre este punto presenta y discute las posiciones de Frege, Ryle, etc.).

El resto de los capítulos suponen una contextualización de la teoría. El capítulo V sitúa la teoría (T) de la metáfora, presentada en los capítulos III y IV, en el contexto de otras teorías, concretamente de la Retórica tradicional (focalizada desde Aristóteles y Quintiliano), de la neorretórica (como el grupo μ). Las teorías generativas previas, especialmente las de Wilson y Katz, también son contempladas en este capítulo, en lo que se refiere concretamente al llamado «enciclopedic knowledge», puesto que otros aspectos más formales de Katz ya habían sido traídos a colación desde el primer capítulo lel libro.

Los dos primeros capítulos no forman

parte de la teoría como tal, pero su ubicación preliminar no es arbitraria, antes bien sirve como base teórica general de la teoría que será expuesta en los capítulos III y IV.

En el cap. 1.º del libro se analiza la cuestión del desvío desde un punto de vista nuevo: al pragmático. Levin argumenta que los tradicionales tratamientos adolecen de una exclusividad lingüística (i e. gramatical). Aun cuando ésta se ha ampliado al componente semántico con el tratamiento de problemas como el de la compatibilidad semántica desde la perspectiva generativa (vid. cap. II), es preciso, según Levin, considerar tipos de desviación diferentes del semántico, y el propósito del libro será la discusión de una variedad de desvío: aquella que comprende los tipos que entran en el área general de la pragmática. Levin considera a lo largo del capítulo tres tipos de transgresión de las normas que gobiernan el uso del lenguaje en la comunicación: las normas que guían la perfomance de los «actos de lenguaje», aquellas que gobiernan el funcionamiento de los «indexicals», y por último, el desvío frente a las normas conversacionales. Tales tipos de desvío exceden al puramente semántico y su aislamiento y tratamiento específico es justificado por el autor, saliendo al paso de una posible objeción: la arbitrariedad de una separación en estos fenómenos, de semántica y pragmática. La argumentación de Levin se limita, con todo, a lo puramente metodológico (y remite el cap. II para el tratamiento del «desvío semántico» lo que no resuelve la objeción, antes bien la releva como razonable).

En lo referente a los casos de «desvío pragmático», la bibliografía que Levin discute es bastante limitada, pues se refiere casi exclusivamente a un artículo de Ted Cohen (1975) y a otro de H. P. Grice (1975). El capítulo se ajusta, pues, a la presentación de esos tres tipos de desvío con respecto a normas ya relevadas en la bibliografía de referencia. La posición de Levin se funda en la idea de que una teoría semántica del desvío podría y debería integrarse en una teoría pragmática. Antes de pasar a discutir esto último, es preciso repasar la forma en que el desvío semántico se ha tratado en la literatura más reciente. Este será precisamente el cometido del cap. II, que pese a su título generalizador «El problema de las expresiones lingüísticas desviadas», tiene un alcance más concreto: una exposición crítica de la postura de la lingüística generativa ante el lenguaje poético y la metáfora.

El punto de vista de Levin sobre esta cuestión es rigurosamente histórico, pues traza la situación desde las primeras propuestas del generativismo hasta el Van Dijk de 1972. Confirma así Levin la opinión generalizada en las monografías sobre poética generativa de que ésta vino a reforzar, cuando menos hasta 1972, la hipótesis desviacionista en la explicación del lenguaje poético (así lo vieron, por citar monografías del campo crítico cercano a nosotros, J. L. Tato en su *Samántica de la metáfora* (1975), y Aguiar e Silva en su citado libro *Competencia lingüística y competencia literaria*).

Levin recorre las primeras propuestas de Chomsky (1961), Katz y Fodor (1963) y Ziff (1964), todavía ligadas a un punto de vista exclusivamente sintáctico que reducía el problema a marcar las expresiones según el grado de agramaticalidad en que incurrieran sin preocuparse de dotar a tales expresiones de una interpretación semántica, a pesar que ya se anuncia ese camino como el único transitable para las llamadas semi-sentences en la contribución de Katz (1964). La conclusión de Levin es que en las primeras teorías hay un punto común: el desplazamiento de las oraciones desviadas más allá del alcance de la gramática. De ahí se siguió, eso sí, una conclusión favora-

ble al reformismo. En esa línea cabe situar las propuestas de la semántica generativa, de entre las que Levin destaca la de Uriel Weinreich (1966), con quien pretende una construcción gramatical en que las expresiones desviadas se expliquen directamente por el funcionamiento de reglas que sean parte integrante de la gramática. En torno a la propuesta de Weinreich sitúa Levin, como extensiones y adiciones, las de Baumgärtner y de Abraham y Braunmüller, cuyas líneas generales resume. El último parágrafo del capítulo viene dedicado al Van Dijk de «Some Aspects», quien introduce ya como responsabilidad de una gramática textual la interpretación, mediante reglas específicas, de expresiones metafóricas desviadas. En este capítulo, que en realidad supone, insisto, una revisión de la perspectiva aportada por el generativismo acerca de la lengua literaria, hemos de destacar ausencias notables. Tanto en el terreno específico de la teoría de la metáfora como en el general de la poética generativa. En aquél el lector echa en falta dos entradas bibliográficas que han supuesto otros tantos hitos en la discusión generativa acerca de la metáfora. Me refiero a los estudios de D. Bickerton, «Prolegomena to a linguistic theory of metaphor» (*Foundations of Language*, 5, 1, 1969) y de Mathews (1971), quien se opone, en esa misma revista citada, a las ideas de Bickerton. En cuanto al ámbito de la poética generativa, y ya que se alude a Van Dijk, parecía obligado hacer referencia a Manfred Bierwisch (1970), puesto que el propio Levin ha ampliado el concepto de metáfora hasta hacerlo casi omnicomprensible de recursos semánticos de la lengua literaria.

En los capítulos III y IV del libro Levin se propone ofrecer su propia teoría (T) sobre las expresiones metafóricas. La finalidad perseguida es establecer en qué consiste la relación entre metáfora y desvío, ofreciendo por un lado, los *mecanismos formales* para la construcción de expresiones desviadas (cap. IV), y como paso previo los modos y tipos de construcción que serían necesarios *a priori* para dar cuenta de aquellas expresiones (cap. III). El primer punto de partida es la distinción que Levin establece entre los marcadores semánticos inherentes y los marcadores en las reglas de selección; ello determinará una diferencia entre construcciones anómalas y construcciones contradictorias (vid. Katz, 1972). Esta diferencia es fundamental porque mientras unas no tienen sentido y no satisfacen condiciones de la gramática, las otras construcciones tienen un sentido, esto es, expresan condiciones verdaderas que no se pueden satisfacer, pero cuyo sentido podría especificarse por medio de una lectura particular. Sobre esta distinción, y postulando una necesaria liberalización del funcionamiento de los ragos de transferencia en la lectura metafórica, Levin hace una exposición del funcionamiento de los «transfer of features» sobre el ejemplo que ha de servirle en adelante de eje, la famosa frase «the stone died». Para Levin debería permitirse que los «transfer of features» se combinaran con los marcadores de representación semántica, de modo que fuesen posibles nuevas lecturas.

Quizá el punto central de este cap. III lo constituya la propuesta concreta de los seis *modos* de construcción que podrían derivar en seis diferentes interpretaciones semánticas de la oración desviada «the stone died».

Levin derivará cuatro interpretaciones por *adjunción* y dos por *desplazamiento;* a saber, por adjudición:

a) N ← V: lectura disjuntiva. El objeto físico natural murió.

b) N ← V: lectura conjuntiva. La piedra. La piedra (como si fuese humana) murió.

c) N → V: lectura disjuntiva. La piedra dejó de existir.

d) N → V: lectura conjuntiva. La piedra murió (como si «morir» fuese predicable de objetos humanos y minerales).

Por desplazamiento:

e) N ← V: el mastuerzo (stone por dolt) murió.

f) N → V: la piedra se desintegró.

El resto del capítulo es una glosa de las transformaciones requeridas por cada una de esas seis interpretaciones y la presentación de otros fenómenos metafóricos del lenguaje cotidiano en que se dan las mismas transformaciones e interpretaciones que en el ejemplo propuesto.

El capítulo IV viene dedicado a proveer el mecanismo formal para explicar la construcción de las frases desviadas. Tales mecanismos se desarrollan mediante reglas de construcción para cada uno de los seis tipos de transferencia de rasgos descritos en el capítulo anterior, llegando Levin a una finura y claridad muy destacable en la formalización de tales reglas. Quizá desde el punto de vista de una recensión sea más interesante destacar la posición que el propio Levin atribuye a la teoría de la construcción metafórica y a las reglas de tal construcción en el esquema de una teoría lingüística general. En este punto Levin defiende que la teoría y reglas deberían considerarse parte integrante de la gramática que explica la competencia del hablante. Una teoría de la metáfora poética entra en la Gramática con todo su derecho, pero una Gramática que incorporara una teoría de la actuación, a la que propiamente pertenecería esa teoría de la metáfora. Lamenta Levin que el concepto de actuación esté subdesarrollado en la teoría generativa y se considere subsidiario respecto al de competencia. La poética de la metáfora se integraría, pues, en una gramática que hubiese desarrollado una teoría de la actuación. En ésto vemos una variación muy notable respecto a la posición sostenida en *Estructuras lingüísticas en la poesía*, donde el autor se inclinaba por una *gramática específica* que diera cuenta de los fenómenos poéticos y de la cual los *couplings* eran una parte. A la altura de 1977, nadie parece creer en esa gramática literaria.

El capítulo V del libro compara la teoría (T) con otras teorías de la metáfora en la poética y retórica anterior, concediendo especial atención a las teorías de Aristóteles y Quintiliano. Para Levin la perspectiva de Quintiliano es muy limitada, dado que se restringe a las metáforas nominales y a lo tipos de sustitución. Por otra parte, del amplio número de características semánticas (u ontológicas) Quintiliano se limita a la oposición de la polaridad animado/inanimado. El punto de partida de Quintiliano se apoya sobre la producción metafórica, desde el poeta, mucho más que en el proceso de producción-recepción (a diferencia, según Levin, de su propia teoría). Mucho más completa le parece a Levin la contribución de Aristóteles, de la que aprecia la descripción de la metáfora como *mecanismo de transferencia* (ἐπιφορά). Levin considera seguidamente, los cuatro tipos de metáfora distinguidos por Aristóteles, señalando las diferencias con los tipos de construcción de la teoría (T). Levin no tiene en cuenta en este análisis que la tradición metafórica se ajustó a uno solo de los tipos distinguidos por Aristóteles, el analógico, aunque sí indica que los dos primeros tipos de metáfora señalados por Aristóteles (del género a la especie, y de la especie al género) no suponen necesariamente «expresiones desviadas». Por ello los puntos de vista teóricos de Levin y Aristóteles son muy distintos; de ahí que no pueda haber acuerdo de los ejemplos aristotélicos y las transformaciones y constructos de (T). Tampoco puede predicarse la total comprehensividad de (T)

respecto al tipo de metáfora analógica, por cuanto la teoría (T) es una teoría semántica y tal como previene la tradición aristotélica, la metáfora no es un fenómeno exclusivamente semántico. La interpretación de la metáfora analógica requiere algo más extenso y preciso que una teoría del significado en su sentido estricto. Ello aboca a Levin al problema del conocimiento enciclopédico y factual. Levin ve muy claro que una teoría comprenhensiva de la metáfora no se puede restringir a los procesos semánticos, pero advierte que hay menos claridad en el modo en que el componente enciclopédico, no semántico, se debería incorporar a (T).

Un poco forzada en la línea del trabajo me parece la inclusión de la teoría ofrecida por el Grupo μ en su *Réthorique générale*, dado que queda fuera de la discusión de (T), y únicamente se limita a negar que la metáfora sea un doble proceso sinecdóquico. Más forzada nos puede parecer su inclusión en este recorrido por las teorías de la metáfora, casi exclusivamente centrado en la poética generativa —con las lagunas ya señaladas—, si consideramos que no tiene en cuenta contribuciones de enorme importancia como la interpretación muy difundida que R. Jakobson hace de la metáfora y la metonimia como mecanismos de selección y combinación, contribución ésta que luego se encuentra apoyada por otros estudios en la misma línea de base semántica, como el que Le Guern proporciona en *La metáfora y la metonimia.*

En el capítulo dedicado a «Metáfora y Verdad» (VI), cambia Levin al punto de vista. Hasta ahora el problema del desvío se ha considerado en términos de significado. En este capítulo considera el problema de la verdad, quiere ello decir que se atiende a la relación entre las proposiciones que las oraciones expresan y las condiciones del mundo, en orden a que estas proposiciones tengan sentido. Luego de distinguir entre términos singulares no denotativos y términos generales (distinción apoyada en Frege), Levin declara la necesidad de distinguir y separar los conceptos de desvío semántico y errores de denotación, pues ocurre que muchas expresiones no verdaderas son perfectamente defendibles desde el punto de vista semántico. tienen significado.

A continuación expone muy detalladamente la posición de Ryle (1965), quien sostiene la teoría de que sólo sobre las expresiones lingüísticas puede predicarse o negarse el absurdo: el absurdo no lo proporciona la naturaleza, ni podemos decir que los pensamientos, creencias y suposiciones sean o no absurdos, puesto que lo absurdo es impensable. Expone luego Levin la teoría de Frege sobre el valor de verdad e los contextos oblicuos (estilo indirecto, etc.), para refutar posteriormente la postura de Ryle, atribuyado a la palabra poética precisamente la distintividad de la creación de un mundo que ha de ser leído literalmente y en el que cabe la impensabilidad lógica, El argumento central de Levin es que el poema cre a un contexto implícito que sumerge al lector en un mundo distinto del real en el que nuevo referentes y la suspensión de las condiciones normales de verdad pueden ser toleradas. Acaba el capítulo exponiendo las posiciones respectivas de Frege (1970) y Ricoeur (1975). Esta argumentación se proyecta finalmente sobre el cap. VII, dedicado a la metáfora en poesía. Al contrario que en el lenguaje cotidiano, la metáfora poética debe ser interpretada literalmente, puesto que expresa condiciones de verdad y tiene un significado propio. Levin sostiene la idea de que los sucesos y objetos reales o irreales presentes en el poema ya no se definen por las coordenadas espaciales y temporales, sino por sus relaciones con otros sucesos y objetos asignados por el poeta a un mundo imaginado. Defiende, pues, la idea del poema como una construcción fenomeonlógica nueva que crea

una única metáfora: la del poema. El poeta es creíble, al margen del valor de verdad, porque la metáfora poética se da desde un «mundo posible» en que las condiciones de verdad interna pueden ser satisfechas. Esta argumentación se concentra en las págs. 135-139, donde Levin propugna una doble semántica de la metáfora: *a*) aquella que se deduce de la teoría (T) mediante unas reglas de construcción proyectadas sobre el «mundo actual» y *b*) aquella que pasa por un mundo imaginado que se proyecta sobre una construcción fenomenológica, donde el valor de verdad es totalmente nuevo.

En conclusión, podemos decir que este libro de Levin supone un cambio notable respecto a las posiciones sostenidas en «Estructuras lingüísticas en la poesía», y que su valor más destacable puede ser el de la evidencia que se le permite extraer al lector sobre las propias limitaciones de la poética generativa en la tarea de dar cuenta del fenómeno de la metáfora, toda vez que los dos últimos capítulos del libro, al abrigo de un excurso hacia la fenomenología, han venido a sostener una doble dirección: la de la metáfora lingüística y la de la poética. Ello puede ser indicio para el lector español del peso que continúan teniendo sobre la poética generativa las hipótesis desviacionistas que marcaron sus orígenes. Con todo, es de destacar la valentía con que Levin ha apoyado teóricamente unas vías de salida y extensión necesarias a la propia teoría para exceder el campo de la Semántica y plantearse una doble dirección de estudio: la pragmática y la relación con las discusiones filosóficas sobre la metáfora. Libro pues importante a mi juicio, tanto por lo que da, como por lo que, desde las propias y autorreconocidas limitaciones de la teoría, apunta en el desarrollo de unas vías futuras de estudio.

JOSÉ MARÍA POZUELO YVANCOS